

—Es la hija del Duque del Parque,—le dijo.
D. Luis dejó el retrato sobre el escritorio y tomó otro.

—¿Y esta?

—Una sobrina del Marqués de Campo-Real.

Era tan linda aquella figura, que, al contemplarla con delicia, el rostro de D. Luis se puso como la grana: las venas de su frente parecía que iban á estallar, según se hincharon. La elección estaba hecha. Sin embargo, por curiosidad únicamente, tomó el tercer retrato, y, después de lanzar una exclamación de sorpresa, corrió á un balcón, separó las cortinas, y todavía no daba crédito á sus ojos.

—¡Mi zagala!—gritó enajenado de gozo.

—Doña María Teresa de Vallabriga y Rozas, sobrina del general Marqués de San Leonardo, mi caballerizo mayor,—contestó el Rey con frialdad.

VIII

La noche de las bodas, que se celebraron en Oliás del Rey, el Infante preguntó á su esposa por qué ella y su tía la Marquesa se disfrazaban de labradoras para ir á visitar los enfermos. Teresa abrió la *Biblia*, y con su dedo color de rosa señaló estas palabras de San Mateo: «Y así, cuando haces limosna, no hagas tocar la trompeta delante de ti, como los hipócritas hacen en las sinagogas y en las calles, para ser honrados por los hombres. Mas tú, cuando haces limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha. Para que tu limosna sea en oculto, y tu padre, que ve en lo oculto, te premiará.»

El venado blanco vivió algunos años encerrado en una casita llamada el *Cebo*, propia del infante D. Luis, cuyas ruinas se ven todavía á espaldas de los poéticos jardines de la Granja. Pero ni el tiempo ni las caricias lograron dulcificar los salvajes instintos del hermoso animal. Un día se lanzó sobre el guarda que le cuidaba, le dió algunos golpes terribles, que le causaron la muerte, y huyó á las montañas vecinas.



CAPITULO IX

CAZA DEL VENADO Á LA CARRERA

I



La historia de la montería, para ser completa, debiera ser en realidad una historia universal, ocupándose de todas las épocas y de todos los lugares que existen en la superficie de la Tierra.

Pocos sucesos hay de alguna importancia que de cerca ó de lejos no estén enlazados con alguna aventura de caza, lo cual no tiene nada de sorprendente si se recuerda que este ejercicio ha sido mirado con pasión por casi todos los príncipes y magnates del mundo; y, cualquiera que sea la clase social que se examine, se encuentran en ella cazadores, sin exceptuar al clero, cuyos altos dignatarios cazaban ardorosamente en la edad media. Sabido es que el célebre escritor Pero López de Ayala dedicó su libro de ceterería al Obispo de Burgos D. Gonzalo de Mena.

Desde que Lamech, padre de Noé, inventó el arco, la caza se encarnó en las costumbres de los hombres para no decaer nunca, como acontece con otros recreos y esparcimientos del ánimo; y la montería, andando el tiempo, llegó á ser un elemento tan indispensable para la vida, que lo mismo se perseguían reses en la quietud de la paz que en las turbulencias de la guerra. Prueba de ello es el hecho ocurrido el 29 de junio de

1429 cuando las tropas de Juana de Arco iban al encuentro del ejército inglés. Los señores franceses, que marchaban á vanguardia, levantaron un venado magnífico, que comenzaron á perseguir como si estuviesen en una batida. Acosado de cerca el animal, fué á echarse en medio de los ingleses, siguiendo á los monteros toda la caballería de Carlos VII, quien, gracias á las aficiones venatorias de sus oficiales, pudo registrar en los fastos de su reinado una jornada gloriosa con el nombre de la batalla de Patay.

Los monteros, y especialmente los que cazan á la carrera, han tenido siempre la vanagloria de creerse los más nobles entre los amantes al arte que nos ocupa. Desprecian las redes y los recursos de mala ley; y lo que quieren, lo que buscan con afán, es un combate contra las reses en campo abierto y con armas iguales, rivalizando con ellas en astucia, en celeridad y en destreza.

Los celtas fueron los primeros que practicaron este género de caza, imprimiéndole el carácter hidalgo y generoso que hoy tiene; y en el siglo II de la era cristiana ya se corrían los montes por el mismo sistema que se acostumbra actualmente.

Como los libros entonces eran raros, se trasmitían los preceptos de las ciencias por tradición oral. El maes-

tro hacía aprender á sus discípulos un pequeño catecismo que contenía las reglas principales del arte de montar, y éstos á su vez lo enseñaban á sus hijos. Así fueron perpetuándose las doctrinas de una en otra generación.

Una de las obras antiguas que ha sobrevivido se titula *Caza del venado*, data del siglo XII, y es un poema que contiene quinientos treinta y dos versos de ocho sílabas, escrito en forma de diálogo, constituyendo un tratado completo de montería.

Las fases del arte de montar fueron variando á medida que cambiaban las costumbres. Á las grandes batidas de los tiempos del feudalismo, que se verificaban por los dueños del señorío en sus vastos dominios, sucedieron otras llamadas á *título*, que es como si hoy dijéramos á *predio*, sistema especial subordinado á la excesiva división del territorio. Las provincias constaban de una infinidad de fincas ó predios perfectamente deslindados; y los dueños, enemigos entre sí, é independientes los unos de los otros, no permitían que se



Los ciervos en noviembre

violasen impunemente los límites de sus tierras. La caza á la carrera se redujo, pues, á corto espacio, colocándose en las lindes, de trecho en trecho, un hombre provisto de un cuerno, especie de hitos vivientes que determinaban con su presencia la línea divisoria de la propiedad, é impedían, además, que las reses acosadas saliesen de ella, asustándolas con el lúgubre sonido del instrumento.

Un sistema seguido hoy en algunos países, como en los montes de Siberia por ejemplo, es una imitación del que adoptan los negros del África austral, y consiste en plantar dos setos ó vallados artificiales, muy distantes al principio uno de otro, y que van luego acercándose hasta formar un ángulo más ó menos abierto, según lo permiten las disposiciones del terreno.

En el vértice del ángulo se cava un foso bastante profundo, cubierto luego de ramas y malezas. Una vez que los monteros han logrado encerrar á las piezas entre los setos, no tienen ya que hacer más sino ir las echando hacia adelante hasta que caen en la trampa que no habían podido prever.

Hay otro sistema, que consiste en esperar á los venados en un sitio cubierto de ramaje, á cuyo puesto se llamaba antes, en algunos países, *bercelle*, y especialmente en Italia, palabra de donde proviene la de *bersaglieri*, valientes y expertos cazadores que después formaron un cuerpo militar en los Estados sardos.

La persecución del ciervo ha tenido siempre los honores de ser la gran montería, la caza real por excelencia.

El venado es un animal de carácter dulce, se espanta al menor ruido y se muestra temeroso del hombre. Si hace uso de las armas que la naturaleza ha puesto en su testuz, es cuando no puede evitar el choque, que es violento y funesto casi siempre á los seres que se oponen á su paso. Á pesar de su agilidad y de su fuerza, no gusta de hacer daño, inventando mil medios y astucias para esquivar la lucha. La prueba más elocuente de su habilidad y de su instinto nos la suministra aquel célebre venado que, perseguido en el bosque de Fontainebleau, desemboca en un llano, y, encontrando una piara de búeyes, salta sobre el lomo de uno de ellos, haciéndose así conducir gran trecho sin que sus pezuñas tocasen la tierra. De este modo la jauría perdió la pista porque no veía las huellas del astuto animal, que, gracias á la estratagema, pudo librarse de los dientes de sus enemigos.

La caza del venado á la carrera es de las más costosas que pueden practicarse, á causa del número de servidores, de caballos, y, sobre todo, de perros, que es preciso mantener para hacerla con todas las reglas del arte. Los perros son los que levantan á la res, y, una vez descubierta, se desatraillan á los mejores de la jauría, que son los que la dirigen cuando empiezan á acosar al animal.

Éste vuela con la rapidez del aire, siguiéndole una especie de tromba fantástica, la cual va dejando tras sí el eco de las bocinas, el del galopar de los caballos, los gritos de los jinetes y los ladridos de los perros, que, según se ve en el grabado que acompaña á este artículo, no se detienen por ríos ni obstáculos de ningún género.

El venado, al fin, como acontece al de nuestra lámina, rendido de fatiga, se entrega á los que le hostigan sin cesar, exhalando el último suspiro cuando el cazador que llega primero le clava el cuchillo en el corazón, usando del derecho que le corresponde.⁽¹⁾

II

Cuando las armas de fuego no habían alcanzado el grado de perfección necesaria á hacer de ellas un uso rápido y seguro entre los cazadores, la caza á la carrera, especialmente para las reses, que entonces constituía una de las prerrogativas de los príncipes y magna-

tes, era la más importante, y tenía mayor encanto cuanto mayor era el aparato que se desplegabá para su ejecución.

Se puede afirmar que la caza de fuerza ó á la carrera es la sucesora de la caza de alto vuelo, llevando en sí el mismo fausto, igual pompa caballeresca, y puede decirse que era una continuación de las tradiciones de la edad media; pues correspondía al lujo y faustuosidad de unos tiempos que tan del gusto eran de aquellos Príncipes, dados á las grandes festividades caballerescas y á pasatiempos belicosos.

El más alto grado de esplendor lo alcanzó la llamada *Cacería francesa* hacia fines del siglo XVII y principio del XVIII, durante el reinado de Luis XIV, que tan aficionado fué á la ostentación en todas sus formas.

Los cazadores perfectos, los que también son venadores, saben por demás cuanto se necesita para formar un tren de caza en estos tiempos; pero todó esto es nada comparado con lo que entonces se requería para ejercitar la caza con el boato que se usaba, tanto en el número como en la calidad y sostenimiento de monteros profesionales, directores de jaurías, tañedores de bocinas ó de trompas, números de caballos de caza, jaurías que contaban los perros por cientos, y el coste extraordinario que ocasionaba el personal, tanto más cuanto que por entonces se apreciaban más las cosas cuanto más dispendiosas eran.

Sólo se concibe la pasión que se tenía por ese *sport* consultando los datos estadísticos de aquella época. El Conde de Eu y su hermano el Príncipe de Dombes apresaron, desde 1725 á 1740, con sus jaurías, nada menos que 1,003 ciervos, persiguiendo inútilmente otros 268. Las jaurías del Príncipe de Condé hicieron en el año 1778 casi un imposible, matando 165 ciervos.

En casi todas las Cortes de Europa se ejerció la caza á la carrera. Sajonia fué el país que lo dejó después de todos en 1827.

Más tardé volvió á restablecerse la afición, y hoy día son innumerables los trenes de caza existentes en el continente, sin mentar á Inglaterra, que cuenta con más de 324 jaurías, que arrojan la enorme suma de 20,000 perros sabuesos. Francia cuenta también un número respetable de trenes de caza y de venadores inteligentes. Alemania, Austria é Italia también tienen sus jaurías, aunque en menor número. En España existe la de la Sociedad de Caza de Madrid, que caza á la carrera con sabuesos; pero en cambio en toda tierra llana existen traillas de galgos, en tan gran número que excede á todo cálculo, pues no hay pueblo donde no se tengan galgos para correr liebres. Por esta causa

(1) *Ilustración Venatoria* núm. 3, año II.